



Presentación para la lectura de Ismael Kati

En 2004 llegué a casa de Ismael Kati en Tombuctú en busca de una biblioteca de manuscritos y de un historiador de singular discurso. Allí encontré un hombre tremendamente agobiado por el peso de su responsabilidad con el patrimonio, a causa del fanatismo y la guerra, pero un hombre que quería reír y reírse de sí mismo desplegando, bajo mis obstinadas preguntas, una obra poética de voz original e inédita.

Aquí ya se ha hablado de Fondo Kati, en cuanto que biblioteca que produce los desvelos a este amigo que conocí hace doce años. En mi intervención, lo que nos interesa es dar algunas claves para abordar su poética. Me alegro mucho, querido Ismael, que ese sueño que entonces me expresabas, por poder delegar algún día responsabilidades y trabajo, puede estar hoy más cerca que nunca gracias a tantos esfuerzos, a pesar de haber sufrido la amenaza del fanatismo tan recientemente. Sin embargo, por mucha carga que suponga, nunca te librarás de ser quien eres. Deben ustedes saber que, ya entonces, quería retirarse al pueblo para sentarse a leer y pensar junto al río Níger en su remanso. Hoy, más que nunca, el carácter místico de su palabra se acentúa en una trilogía francesa, aún por traducir, cuyo primer libro se encuentra accesible aquí en Málaga en Ediciones del Genal, *Une cabane au bord de l'eau*.

La trayectoria poética de Ismael tiene dos etapas diferenciadas, una de juventud en la dramaturgia y la ideología, mientras cursa en la escuela INA de Bamako, en línea con el desencanto de los procesos de independencia ya entrados los ochenta, que termina mientras se convierte en historiador y se ocupa de la biblioteca reunificada. Y otra más reciente, que comienza en 2006, cuando se decide a publicar poesía de nuevo en maRemoto, de la Diputación Provincial.

En esta selección de poemas realizada sobre su mesa en Tombuctú, *Las lamentaciones del viejo Tombo*, ya dábamos algunas claves para desentrañar su discurso. Dos tradiciones integradas, por una parte su vivencia de la tradición sonray del río Níger como Arcadia perdida en la infancia, que supone la contemplación nostálgica del mundo mítico y animista desaparecido de las culturas africanas. Y, sobre ella, construido con los ladrillos acumulados durante una vida, la educación en la escuela occidental, primero francófona y después hispánica, en un ámbito ciertamente musulmán, pero en estrecha cercanía al pensamiento del socialismo panarabista y la escuela de sufismo representada por Tierno Bokar. Por encima de ambas tradiciones, a nadie se le debe escapar, encontramos las duras condiciones sociales de su país de origen, Malí, con recurrentes sequías, hambrunas, bandidaje y guerra, sufridas con desesperación por quien hereda un legado familiar, un tesoro, deberíamos decir, que fehacientemente le remite tanto a la estirpe de los hijos de Vitiza, en España, como a los monarcas africanos del siglo XVI y los hebreos que, enlazados al comercio, vivieron en Tombuctú.

Con estos mimbres, el poeta ordenó su primera publicación en castellano como un completo manifiesto filosófico. Desde el pesimismo resignado y el vacío espiritual, la emigración, la desaparición de la humanidad, de sus valores y la muerte de los dioses; desde un nihilismo angustiado a causa del horror infligido por la implacable naturaleza y el propio hombre sobre el hombre, desde la arbitrariedad de todo cuanto acontece, los poemas cruzan el desierto que conduce a la edificación de una ética y una estética del vivir de corte hedonista, en la tradición de Aristipo de Cirene, Omar Khayyam y los poetas del gozo de

la tradición árabe y occidental. Filósofo no es quien construye una metafísica por medio de una propuesta epistemológica; filósofo es quien vive como un sabio el desapego por el mundo y uno mismo, en el retiro del eremita con la sabiduría requerida para atrapar la sensualidad de los sentidos en el canto del pájaro y el olor de la hierba nueva. Su obra poética es, por consiguiente, la expresión de una vivencia volcada en la compasión, la tolerancia y la risa, con un lenguaje rítmico y un método quietista anclado en las tradiciones que constituyen su personalidad.

Todo esto en cuanto a la esencia, a la materia poética. Ahora bien, siempre que construimos nos comprometemos con la forma. Si la forma de componer tiende a la consecución de la belleza, la acción de construcción cobra un sentido placentero completo, de corte místico; en forma inmediata y como guía para la vida recta del pensador. La pluma entintada del calígrafo, el cincel del escultor, la vida del filósofo, todos realizan un acto estético puro, una forma de rozar la belleza intangible en la propia vida, en el construir del vivir cotidiano. Y, entre las artes, la música, representación creativa de mayor universalidad. Aquí hay que aclarar algo. Quizás, en nuestra completa ignorancia, no sepamos que en las culturas africanas la palabra es creación, es ritmo y es música; esto lo expresó el poeta Leopold Sedar Senghor. Y para nuestro autor la música es una de sus mayores debilidades secretas. En nuestras religiones el Verbo es de Dios y estaba en Dios, en el animismo el Verbo es del hombre, constituye su distinción en el cosmos, no ha sido usurpado. Con la palabra se despierta y desactiva una máscara ritual, con un encantamiento escrito se construye un amuleto, con su hechizo el herrero fabrica puntas infalibles. De esta forma, la voz del poeta canta una letanía iniciática y repetitiva común a todas las místicas, donde, a través del trance, se alcanza la experiencia mística. Pero también, y esta conjunción resulta verdaderamente original, integrada por la música serial y dodecafónica, a la que es muy aficionado. Él ya lo sabe, porque está publicado, que me resultó francamente sorprendente llegar y conocer a alguien en Tombuctú escuchando a Olivier Messiaen, Schoenberg y Varèse.

Liberarse de unas responsabilidades que le abruman desde su juventud, escapar de la amenaza, marchar a una cabaña al borde del río, retomar así el tiempo para escribir y escuchar el paso de las nubes, era y sigue siendo lo que verdaderamente necesita, lejos de la agobiadora vida pública del conservador de Fondo Kati en España. En su incipiente nueva trilogía el autor está reelaborando las anotaciones que realizó a *vuelapluma*, en plena guerra tuareg de la década de los noventa, con la experiencia de haber tenido que huir y partir al exilio hace tan solo tres años, tras la instauración del Estado Islámico en el norte de Malí. Con un lenguaje desgarrador cuenta cómo las niñas se vendieron por las esquinas por una hogaza de pan, cómo los vecinos partieron del mundo, cómo las madres abandonaron a sus hijos y los padres quedaron insepultos sobre la arena, para luego, tomando la perspectiva del filósofo hedonista, brindar por la espiga y el vino, celebrando con sabiduría que, al cabo, se encuentra a salvo en la tierra de sus más remotos antepasados. La cabaña, el refugio, va a ir cediendo paso a una visión panteísta, donde la naturaleza desacralizada por el hombre moderno ocupa, por un lado, el origen de los desajustes humanos, así como el *locus amoenus* apropiado para encontrar la paz interior, con débitos evidentes en Whitman, Thoreau y Francisco de Asís. Y el forzoso sincretismo de su formación humanística conduce a la combinación de numerosas tradiciones, animista, hindú, hebrea, islámica y cristiana, en busca de esa verdad universal captada a lo largo y ancho del globo sin importar el color ni la condición humana.

Y no les entretengo más. Con la seguridad de que podrán sacar el mejor provecho de sus versos, agradezco su atención y cedo la palabra al autor.

Luis Temboury
Málaga, 27 mayo de 2016